



Universidad de Guadalajara 2019-2025

Una utopía posible

Dr. Héctor Raúl Solís Gadea
Candidato a Rector General



UNIVERSIDAD DE
GUADALAJARA

Una utopía posible: la Universidad de Guadalajara 2019-2025

(presentación ante el Consejo General Universitario)
31 de enero de 2019

Héctor Raúl Solís Gadea

Estimado Rector General,

Distinguidos miembros del Presídium,

Honorable Consejo General Universitario,

Invitados especiales,

Señoras y señores:

Quiero expresar mi agradecimiento más sincero a quienes me otorgaron su consentimiento para ser candidato a la rectoría general. Con ello me han conferido el gran honor de ponerme a las órdenes de la comunidad que me formó y, si así lo disponen ustedes, servirla en el cargo más importante de nuestra Universidad.

Lo haré hasta el límite de mis capacidades y poniendo en juego todas mis convicciones.

Agradezco también a todos los integrantes de este Consejo General por su presencia en este encuentro.

Estoy seguro de que será fructífero, porque si algo caracteriza a nuestra comunidad es su disposición a la escucha y al diálogo, al pensamiento crítico y a la que es su condición: la autocrítica.

Son cualidades del espíritu universitario necesarias para ejercer la inteligencia, la imaginación y la creatividad. Y en esta coyuntura delicada de México y del mundo, necesitamos desarrollarlas al máximo. Sólo se despliegan plenamente entre personas racionales, iguales y libres, comprometidas con el estudio y la búsqueda de la verdad; en otras palabras, comprometidas con la misión de la Universidad.

No vengo a persuadir a este Consejo General sobre tal o cual virtud de mi persona.

Tampoco pretendo repetir lo que se ha dicho aquí sobre aspectos particulares de las políticas que se deben impulsar en la Universidad de Guadalajara. Creo que mis compañeros han mostrado conocimientos muy profundos de nuestra realidad institucional y, en términos generales, coincido con sus planteamientos. Como Consejo General Universitario debemos tomarlos en cuenta, porque será este máximo órgano de gobierno quien tomará las decisiones para construir nuestro futuro.

Yo pretendo, en ánimo de contribuir a un proyecto colectivo, considerar algunos aspectos que, en mi opinión, no han sido enfatizados de manera suficiente, y que resultan indispensables para que nuestra casa de estudios salga adelante.

Mi propósito es convencerlos de que este proceso de elección del nuevo rector o rectora general, sea el inicio de un diálogo genuino y una reflexión profunda entre nosotros, por el tiempo que sea necesario, para crear una visión compartida que nos permita darle un mejor rumbo a nuestra casa de estudios.

Propongo que pongamos el acento en ampliar los consensos en torno a lo que queremos y en torno a los requisitos para lograr eso que queremos, de manera que sean muchos más universitarios los que se vean reconocidos en los propósitos que buscamos los órganos de gobierno y las autoridades unipersonales.

La Universidad es de cada uno de los miembros de su comunidad, y todas y todos la construimos cada día; no es sólo de los directivos ni de la burocracia, tampoco de los líderes gremiales únicamente. La Universidad es de los estudiantes, los profesores y empleados que día a día se esfuerzan en el aula, en el cubículo, la biblioteca y el laboratorio; también es de la sociedad y los ciudadanos, y de la diversidad de pueblos y comunidades de Jalisco y México.

Necesitamos crear una coalición lo más amplia posible, de finalidad académica y científica, escolar y pedagógica, que nos permita afirmar la pertinencia de nuestra institución y ponerla a tono con lo que nos exige nuestro tiempo.

Sólo asumiendo que el bien superior es la Universidad, y aportando nuestras voluntades para caminar todos en la misma dirección, podremos reforzar nuestra legitimidad institucional, hacia adentro y hacia afuera, de manera que fortalezcamos la confianza en nosotros mismos y la confianza en nuestra casa de estudios por parte de los distintos sectores de la vida social, política y económica.

Ésta es la vía para conseguir más apoyos externos, vigorizar nuestra cohesión interior y darle salida a la creatividad de nuestros académicos y estudiantes.

Mi propuesta se resume en una fórmula sencilla, pero, a la vez, de gran calado:

Hagamos un nuevo pacto, pactemos una suerte de contrato moral entre directivos y profesores, funcionarios e investigadores, estudiantes, empleados y dirigentes gremiales de la Universidad para que pongamos, juntos, lo que esté de nuestra parte para hacer mejor las cosas.

Siempre será mejor hacer converger las voluntades que promover la división y la discordia. Siempre será más útil identificar los incentivos y las razones éticas que impulsen la cooperación entre nosotros. Ése es el camino, en mi opinión, para procurar el bien supremo, es decir, el desempeño exitoso de la Universidad.

Para ello, debemos poner por delante nuestra buena voluntad, nuestra disposición a ser más democráticos, más respetuosos de la pluralidad interna, más celosos de la aplicación de la ley universitaria, y más atentos para con todos los integrantes de nuestra comunidad, y, sobre todo, más proclives a asumir que también aquí, en nuestra Alma Máter, estamos obligados a reconocer y hacer valer los derechos de los universitarios en el sentido más amplio de la palabra.

Este compromiso va por delante, pues sólo actuando de concierto, identificados por un propósito común, los universitarios podremos crear el poder de cambiar nuestra circunstancia.

Nuestra época nos arroja al desencanto y a la pérdida de la esperanza, pero también posee oportunidades y posibilidades insospechadas que nos documentan el optimismo. Es una constelación de paradojas que nos desconciertan y nos maravillan.

Por una parte, se presentan riesgos graves para la vida, la estabilidad social, la libertad y la justicia. Son las amenazas que provienen del cambio climático y la destrucción de los recursos naturales, las desigualdades económicas, la exclusión y la pobreza, la proliferación del egoísmo y la codicia, la explosión demográfica, la presencia de enfermedades y trastornos emocionales graves, la generalización del crimen y la impunidad, la irrupción de nuevos autoritarismos políticos y la reaparición de nacionalismos patológicos, así como los desafíos a las capacidades de los estados nacionales para gobernar con sentido de inclusión social y realización de objetivos comunes.

Por otra parte, la ciencia y la tecnología se han expandido como nunca. Nos permiten comunicarnos de manera vertiginosa, producir y distribuir satisfactores mediante procesos económicos conectados a través de enormes regiones del mundo. Pero también, la inteligencia artificial, los algoritmos y la robótica, están provocando nuevos riesgos como la pérdida de empleos y el abandono de la visión humanista del mundo.

En el plano nacional, estamos en presencia del fin de un orden histórico y la titubeante búsqueda de un nuevo camino para México. El pasado 1 de julio, se hizo presente un mandato para superar las últimas tres o cuatro décadas que nos trajeron mayor desigualdad, pobreza, violencia, falta de crecimiento económico sostenido y, a la postre, un debilitamiento de las capacidades del Estado para impartir justicia, regular la economía y promover el bienestar de los mexicanos.

Hoy, nuestro país busca, a tientas, un nuevo camino para la democracia, el desarrollo y el cumplimiento de las aspiraciones históricas del pueblo mexicano. Tomará tiempo encontrarlo, pero los universitarios tenemos que participar en ello. Participar para contribuir a que la nación identifique su destino, y para evitar que se extravíe, para cuidar nuestra autonomía como Universidad, si fuera necesario, y hacer valer lo que somos frente al conjunto del país.

Las salidas a los problemas de la actualidad van de la mano de una combinación virtuosa entre saberes prácticos y saberes teóricos, entre ética y técnica, entre humanismo y cientificismo. Las posibilidades de la ciencia son enormes, las capacidades de la tecnología son crecientes. Pero también, por supuesto, las orientaciones que nos ofrecen la filosofía, la literatura y las disciplinas humanísticas son indispensables para que la técnica no nos confunda y, en vez de convertirnos en sus presas, seamos nosotros quienes las pongamos al servicio de la humanidad.

Es en la Universidad donde tenemos que realizar esas capacidades al máximo para encontrar remedio, o tratamiento eficaz, a muchos de nuestros desafíos y dilemas. Ni el Estado ni el mercado tienen todos los recursos para construir la solución a los problemas de nuestra sociedad. Incluso, muchas veces, la sociedad no tiene las competencias de solidaridad que se requieren para dar sustento a la vida cívica nacional.

La complejidad del mundo de nuestros días ha convertido a la política y a la esfera económica en espacios atravesados por una racionalidad de control instrumental y mera eficacia técnica. Para que no se desboquen, y para que el afán de poder y la codicia individual no terminen destruyendo el tejido social, es necesario el conocimiento –en su más amplia diversidad– que se cultiva en la Universidad.

Se trata del conocimiento en su rica multiplicidad de matices. No es simple información, son conocimientos científicos, habilidades artísticas y saberes críticos, fundamentos, todos, de las concepciones del mundo que permiten formar seres humanos plenos y libres.

La Universidad es el territorio de la formación de ciudadanos comprometidos, el ámbito de la creación de la empatía que nos hace humanos y la tierra fértil para cultivar la imaginación moral, además, por supuesto, del ámbito que nos habilita para la eficiencia laboral.

Estoy convencido de que la Universidad de Guadalajara tiene lo necesario no sólo para adaptarse a las circunstancias de su entorno, sino para contribuir a modificarlo, pero debemos actualizar nuestro sentido de la utopía en la mejor acepción de la palabra.

Una utopía para la Universidad de Guadalajara implica identificar juntos, todas y todos los universitarios, un conjunto de metas asequibles y pensadas por cuenta propia, que nos iluminen el camino y funcionen como ideal regulador de nuestros actos.

No se trata de asumir dogmas ideológicos o certezas tecnocráticas, para luego, a partir de allí, juzgar a los demás, excluir a los que piensan diferente, o, simplemente, hacer crecer el poder de la burocracia universitaria.

Tampoco se trata de imitar a universidades de países que tienen condiciones muy distintas al nuestro, pero sí de inspirarnos en mejores prácticas y dotarnos de las circunstancias que nos permitan dar lo mejor de nosotros mismos.

Se requiere trabajar todos los días bajo una perspectiva de comunidad académica ejerciendo al máximo nuestra inteligencia, revisando constantemente nuestras creencias a la luz de la experiencia y la observación, y corrigiendo el rumbo cada vez que sea necesario. La meta final es inalcanzable en forma absoluta; la cuestión es no dejar de avanzar hacia ella, y hacerlo con el ritmo adecuado para mantenernos a flote y en la dirección correcta.

La utopía es una imagen de la realidad que nos impulsa. Es indispensable porque sin un puerto de llegada que nos dicte el camino jamás tendremos vientos favorables. Pero la utopía no se basta a sí misma. Si no se combina con la inteligencia, puede tornarse en propaganda burocrática que justifique el autoritarismo institucional y social.

La utopía en la que yo pienso implica educar para desarrollar la inteligencia, la creatividad y el juicio, educar para ser democráticos y resolver problemas, educar para construir visiones del mundo en constante expansión y, por ello, en permanente revisión de las creencias heredadas del pasado. Una utopía como ésta, forzosamente, es producto de una comunidad crítica de investigadores que hace de la inteligencia su divisa principal.

Un amigo de la Universidad de Guadalajara, el filósofo estadounidense Richard Bernstein, inspirado en John Dewey, uno de los más grandes teóricos de la educación del siglo XX, nos ofrece una sugerente definición de la inteligencia:

La inteligencia consiste en un conjunto de hábitos flexibles y en constante crecimiento que implican la sensibilidad. Consiste en la capacidad de discernir las complejidades de las situaciones, en la imaginación que se ejerce al contemplar nuevas posibilidades e hipótesis, la voluntad de aprender de la experiencia, la justicia y la objetividad al enjuiciar y evaluar opiniones y valores en conflicto, y, finalmente, en tener

el coraje de cambiar nuestra propia perspectiva cuando así lo requieran las consecuencias de nuestras acciones. Toda educación es educación moral, entendiendo “moral” en ese amplio sentido que implica la evaluación inteligente. Otra manera de decirlo sería que la función de la educación es la de hacer posible la realización efectiva del espíritu científico en todas las fases de la vida humana. Tal cosa sólo se puede alcanzar cuando los criterios o parámetros requeridos por la investigación científica se hacen parte de la vida compartida de una comunidad --la comunidad democrática--. En nuestras instituciones formales educativas debemos crear el tipo de comunidad que fomente el desarrollo de esta inteligencia científica. (Filosofía y democracia: John Dewey. Editorial Herder. Página 178).

La historia reciente de la Universidad de Guadalajara se relaciona con su disposición para pensar, de manera razonada, utopías posibles. Eso ocurrió en 1989, cuando la comunidad emprendió la reforma académica e institucional de la que somos herederos.

En las discusiones sobre la reforma se argumentó que el mundo cambiaba y que la Universidad, para sobrevivir, tenía que adaptar sus estructuras internas y modificar muchos aspectos de su modelo académico y de organización.

Una realidad comenzaba a imponerse: la conformación de una economía del conocimiento que incorpora de manera rápida, a la vida productiva, las innovaciones tecnológicas.

Y como era natural, en la Universidad de Guadalajara pensábamos que ese mundo tenía reservada, para las instituciones educativas, un papel estelar y que nuestra casa de estudios debía incorporarse a esta dinámica de cambio que percibíamos como muy positiva. Para esto, la Universidad de Guadalajara tenía que reconocer una serie de fallas que fue acumulando en su pasado reciente y que le impedían tomar parte en la construcción de la nueva sociedad que estaba surgiendo.

La Universidad se nos presentaba como una institución concentrada excesivamente en el Área Metropolitana de Guadalajara, con una planta docente insuficientemente profesionalizada porque se tuvo que atender de manera improvisada la creciente demanda educativa, con rigideces administrativas, y con desequilibrios en sus funciones sustantivas, pues existían rezagos muy severos en materia de investigación y vinculación.

Por eso, la reforma académica e institucional de la Universidad de Guadalajara buscó flexibilizar los procesos educativos, mediante una revisión constante de los planes de estudio y la diversificación continua de la oferta educativa. Para atender con calidad la demanda de servicios educativos en todo el estado y evitar la masificación escolar, se propuso la apertura de centros universitarios en las regiones más importantes de Jalisco y la creación de centros temáticos en el Área Metropolitana, con relativa autonomía y guardando ciertas proporciones de tamaño demográfico.

El sistema de créditos era otro factor de flexibilidad que permitiría integrar las funciones sustantivas, además de ofrecer educación a estudiantes de distintas carreras. La idea era investigar enseñando y educar aprovechando los hallazgos de las pesquisas científicas de los profesores. El dispositivo para hacerlo era creando una unidad funcional básica: el departamento, el cual habría de integrar en su seno todas las funciones sustantivas. También se reconoció la importancia de la vinculación con el sector productivo de Jalisco, de allí que, por ejemplo, se promoviera la fundación de un centro de incubación tecnológica.

Por otro lado, se asumió la necesidad de procurar fuentes alternativas de financiamiento, revertir las tendencias a la sobrepolitización y la sobreideologización de la vida universitaria, así como dejar atrás la alumnocracia y evitar que los procesos administrativos se sobrepusieran a la lógica académica que debía imperar en la Universidad. Se reconoció que la Universidad no podía abandonarse a la lógica del poder porque eso contradecía y nulificaba la lógica del conocimiento. De allí que se impulsaran cambios en el modo de gestionar las decisiones y en el reclutamiento de los directivos y profesores. Prácticamente por primera vez se instauraron estructuras jurídicas para regular, bajo criterios de racionalidad académica, la contratación, la permanencia y la promoción del personal académico. A la par, la Universidad invirtió muchos recursos en la formación doctoral de muchos profesores.

En última instancia, la decisión que tomó la comunidad universitaria fue construir una universidad de nuevo tipo para estar a tono con los cambios de la economía y la sociedad nacional y global, y también para darle nuestra impronta particular a las políticas de educación superior que se aplicaban desde el gobierno federal. No se puede negar que en la concepción de la Universidad estaba el propósito de contribuir a que México superara la crisis económica e incursionara en una nueva etapa de desarrollo económico y social.

Todo esto que he descrito a grandes rasgos fue el credo de nuestra institución durante los últimos treinta años. Hoy tenemos que medir críticamente lo que hemos hecho contra esas aspiraciones. Hay que considerar, sin embargo, que para llevar a cabo este proyecto era necesario el compromiso decisivo del Estado mexicano mediante la elevación sustancial del presupuesto a las universidades en general y la implantación de políticas de desarrollo nacional –y nacionalista– que aprovecharan el potencial productivo de las comunidades científicas. Al final, a pesar de que las políticas federales de educación superior mejoraron, no estuvieron a la altura de lo que se requería.

Sin embargo, con todo y eso, la Universidad de Guadalajara logró ser leal a su propio proyecto de renovación.

Algún día se escribirá esta historia, como la historia de la búsqueda de una utopía, una utopía inteligente que funcionó como ideal regulador y rindió muchos frutos, y conformó, a lo largo de los últimos treinta años, a pesar de sus insuficiencias, la plataforma institucional, humana, cognoscitiva, pedagógica, administrativa y de infraestructura material que hoy tenemos y que es la base indispensable para continuar nuestro camino en el siglo XXI.

Hoy estamos en una coyuntura similar a la de aquellos años ochenta y noventa. Vivimos también una crisis, pero más profunda, y el contexto nos convoca, querámoslo o no, a emprender cambios que nos permitan no sólo mantener vigente la reforma iniciada en 1989, sino impulsarla con nuevas energías colectivas, modelarla con una inteligencia más afinada y concretarla con una voluntad de mejora más firme.

En la base de ello, insisto, tiene que estar un pacto entre todos los universitarios, un compromiso con las virtudes que nos convierten en tales: la tolerancia y la aceptación de las diferencias, el respeto a la legalidad, el cumplimiento de los compromisos.

Una utopía inteligente significa que la Universidad de Guadalajara no sólo es imprescindible, sino más relevante que nunca:

Al tiempo que se conecta con el mundo, profundiza su inserción en la sociedad que la circunda. Sus profesores y estudiantes trabajan solidariamente para crear conocimiento, identificar oportunidades y enfrentar problemas. Todos los días dan un pequeño paso para volverse protagonistas en la producción global de la ciencia, el arte y la técnica. No es que estén en la Universidad, viven la Universidad.

Hacen de la universidad el medio privilegiado de la creatividad y la imaginación. Con su esfuerzo entusiasta, logran que la universidad cuide de la cultura y custodie la civilización.

Las clases comienzan a tiempo y se aprovechan al máximo: son el corazón del quehacer universitario. Los alumnos y los profesores llegan a las aulas preparados con anticipación porque disfrutan lo que hacen: piensan juntos, comparten el saber, discuten, critican, crean...

Y hacen todo esto porque se saben personas libres, comprenden que su destino y el destino de su nación tiene que ver con lo que hacen. Entienden que no hay praxis verdadera sin pensamiento que la anteceda, la acompañe y la evalúe. También saben que la acción humana siempre necesita de los demás. Por eso colaboran y se apoyan entre sí.

Los integrantes de la U de G se sienten orgullosos de pertenecer a ella: la conciben como una gran obra de la que forman parte y a la que ayudan a forjar todos los días. Los jaliscienses y los mexicanos la respetan, le brindan su confianza, se solidarizan con sus causas porque son las causas del progreso moral, tecnológico y cívico del conjunto social.

Los universitarios promueven la equidad de género en todos los ámbitos; además, hacen deporte, como recreación y hábito saludable.

Las condiciones del pacto que he propuesto deben sustentarse en los siguientes acuerdos:

- 1) Respeto al código de ética de la Universidad de Guadalajara.
- 2) Compromiso para hacer crecer la matrícula acompañada de criterios de calidad.
- 3) Meritocracia estricta en el reclutamiento y la promoción de profesores y funcionarios de calidad. Compromiso con el incremento salarial.
- 4) Respeto a la legalidad institucional, lo que incluye los contratos colectivos de trabajo, tanto de académicos como de administrativos y operativos, buscando oportunidades equitativas para todos.
- 5) Modernización normativa y procesos administrativos al servicio de la vida académica y orientados a expandir las oportunidades de los estudiantes y los académicos.
- 6) Respeto al trabajo colegiado y a los órganos colectivos de gobierno.
- 7) Racionalidad en la toma de decisiones y priorización del gasto en las funciones sustantivas.
- 8) Incrementar el ritmo de la circulación de las élites directivas de la Universidad.
- 9) Fortalecer la cohesión y la identidad de los universitarios.
- 10) Austeridad, transparencia, rendición de cuentas y combate al patrimonialismo burocrático.
- 11) Promoción de la salud física y mental, así como el bienestar de todos los universitarios.
- 12) Construcción de infraestructuras físicas dignas y equipamientos de calidad para el trabajo de los universitarios.

Sugiero que a partir de estos acuerdos, nos propongamos que nuestra casa de estudios tenga los siguientes atributos:

1. Universidad diseñada para innovar estructuralmente, es decir, para modificar sus áreas, esquemas y mecanismos de trabajo. La innovación como una forma de estar en el mundo y conectarse con los circuitos internacionales del conocimiento, lo que implica propiciar nuevas maneras de colaboración entre los sistemas y centros universitarios para tener programas educativos, de investigación y extensión que respondan a los desafíos de la época, de manera que seamos tomados en serio en el resto del mundo.

2. Universidad de formación e investigación científica. Contribuye a la solución de los problemas públicos más acuciantes. Canaliza capacidades y reorganiza sus estructuras, de manera constante, para el estudio transdisciplinario de asuntos sociales críticos.

3. Universidad comprometida con la calidad de la enseñanza y el aprendizaje. Carreras para la empleabilidad y el emprendimiento. Estudios para formar ciudadanos cultivados. Educación dual: el aula en la industria, la industria en el campus. Diferencia su oferta educativa y combina innovaciones con estructuras tradicionales.

4. Universidad solidaria con las causas sociales, la interculturalidad, la horizontalidad, la tolerancia y la diversidad. Promueve la innovación social entendida como intervención proactiva en las comunidades para mejorar sus condiciones de vida.

5. Universidad vinculada con la empresa: promueve la transferencia de conocimiento, contribuye a la innovación y la productividad, favorece la soberanía económica de México.

6. Universidad que no sólo difunde la cultura, sino que forma en la cultura: lleva la cultura al campus y allí la reproduce a partir de la creatividad de los universitarios.

El pacto que propongo debe hacerse también hacia el resto de la sociedad. Por ello propongo la creación de un Consejo de Enseñanza, Investigación y Aplicación de la Ciencia. Será un órgano de consulta y apoyo para la toma de decisiones de las autoridades universitarias. Se constituirá con académicos del más alto nivel, así como con representantes del sector empresarial y social. Tendrá una sección nacional e internacional.

También la creación del Consejo de Humanidades, Cultura y Artes. Con la participación de miembros de la comunidad humanista, artística y cultural de nuestra casa de estudios, así como con miembros de la comunidad cultural nacional e internacional.

Honorable Consejo General Universitario:

Estoy seguro de que el día 6 de febrero ustedes tomarán la mejor decisión acerca de la persona que encabezará a nuestra Universidad durante los próximos seis años.

En cualquier caso, los retos que nos esperan serán de todos los universitarios y no de una sola persona. Por eso, los invito a que cerremos filas en torno a la nobleza de nuestra misión y que se sintetiza en custodiar la cultura, transmitirla, cultivarla y ponerla al servicio de la juventud y la sociedad.

Los convoco a afirmar la grandeza de la universidad, a profundizar su carácter de creadora de civilización. Los convoco a desanudar la creatividad de que somos capaces. Si nos decidimos a hacerlo podremos llevarlo a cabo.

La solución de los graves problemas del mundo contemporáneo no consiste en hacer una revolución violenta y radical, sino en mejorar la educación de las generaciones actuales y futuras.

Hace unos días, el pasado domingo mejor dicho, caminaba sobre la Avenida Vallarta, desde el poniente con dirección al centro de la ciudad. Había quietud. De pronto, ante mi vista apareció,

recortada contra el cielo, la cúpula de este magnífico edificio. Eran exactamente las nueve horas y se escuchaba una música que parecía provenir de un reloj de iglesia. Tuve una sensación extraña. Yo, al caminar, intentaba cavilar sobre el contenido de este mensaje, y la cúpula se me aparecía con su potente cresta apuntando al cielo; la música provenía del Templo Expiatorio.

Todo me transmitía un sentido de responsabilidad no exento de incertidumbre y temor. Hoy estoy aquí bajo esta cúpula, protegido y comprometido a la vez por los murales de Clemente Orozco, compartiendo con ustedes estos momentos decisivos para la Universidad de Guadalajara, en los que estamos decidiendo el rumbo que tomará nuestra institución durante los próximos años. Recuerdo que al mirar la cúpula y su cresta pensé en la trascendencia a la que, de manera irrenunciable, con nosotros o a pesar de nosotros, está llamada a buscar la Universidad de Guadalajara.

Hoy miro esta cúpula por dentro y constato que su significado sigue vigente. Es el anuncio que nos hace Clemente Orozco de que la educación es la mejor arma para combatir la ignorancia y la pobreza. Estos murales son nuestro legado y nuestro compromiso. Confío en que sabremos honrarlos una vez más para seguir construyendo la grandeza de la Universidad de Guadalajara y asumir la responsabilidad que nuestra generación carga sobre sus hombros.

El camino para lograrlo es sencillo y difícil a la vez. Está expresado en nuestro lema por que pensar es un acto subversivo y libertario, y trabajar dignifica nuestra presencia en la Tierra.

Muchas gracias.



UNIVERSIDAD DE
GUADALAJARA

